

le nombraron Obispo de esta ciudad cuando se dispersaron para ir á predicar el Evangelio. El santo Obispo de Jerusalem obligó á los Judíos á que le respetasen á pesar del encarnizamiento con que perseguian á los Cristianos. Por los años de 59 escribió la epístola que lleva su nombre, y que tiene el título de *católica ó universal*, porque no fué dirigida á una iglesia particular, sino á todos los judíos convertidos que se hallaban esparcidos por todo el universo. El Apóstol refuta en ella á ciertos falsos doctores que enseñaban que la fe bastaba por sí sola para la justificacion, y que por esta razon eran inútiles las buenas obras; da tambien excelentes reglas para llevar una vida santa, y exhorta á los fieles á recibir en sus enfermedades el sacramento de la Extremaucion.

Habiendo burlado san Pablo en la misma época con su apelacion al Emperador los perversos designios de los Judíos, resolvieron estos descargar todo su encono sobre el santo Obispo de Jerusalem. El sumo pontífice Anano, digno hijo del famoso Anás de quien se habla en el Evangelio, convocó el Sinedrio, é hizo comparecer á Santiago con otros varios cristianos. Acusaron al Apóstol de haber infringido la ley de Moisés, y le condenaron á ser apedreado. Antes de entregarle al pueblo, le llevaron á lo alto del templo exigiéndole que renegase allí de su fe, de modo que todo el pueblo oyese su voz. Este será, le dijeron, el medio de desengañar á los que has seducido. El Santo, en vez de hacer lo que exigian, empezó á confesar á Jesucristo del modo mas solemne. Los Escribas y Fariseos llenos de ira exclamaron: ¡Cómo! ¿así se extravía el hombre justo? Y subieron precipitadamente al lugar donde estaba, y desde allí le precipitaron.

Santiago no murió de la caída; aun tuvo fuerzas para arrodillarse, y en este ademan alzó al cielo los ojos y rogó á Dios que perdonase á sus asesinos, diciendo como su divino Maestro: No saben lo que hacen. El populacho le arrojó una nube de piedras, hasta que un batanero le acabó de matar descargándole en la cabeza un golpe con una palanca de las que le servian para batanar el paño. Sucedió esto el dia de Pascua, el 40 de abril del año 64 de Jesucristo¹. Era tal la opinion que los Judíos tenian de su santidad, que atribuyeron á su muerte injusta la destruccion de Jerusalem².

El octavo conquistador evangélico es san Felipe. Este nuevo Apóstol era de Bethsaida de Galilea, y fué uno de los primeros discipulos del Salvador. Cuando los doce pescadores de hombres se dispersaron por todas las partes del mundo despues de la venida del Espíritu Santo, san Felipe partió á las dos Frigias, donde el glorioso vencedor del Gentilismo gozó mucho tiempo del fruto de su victoria, pues

¹ Eusebio, pág. 64.

² Josefo, *Antiq.* lib. XX, c. 8.

san Policarpo, que no se convirtió hasta el año 80 de Nuestro Señor, tuvo por algun tiempo la dicha de platicar allí con él. Fué sepultado en la ciudad de Hierápolis de Frigia, y mas de una vez se creyó esta ciudad deudora de su conservacion á los milagros continuos que se obraban por virtud de su santo Apóstol.

El noveno es san Bartolomé; galileo de nacimiento, fué puesto por el mismo Salvador en el número de los Apóstoles, y cuando sus compañeros, al salir del Cenáculo, se dirigian unos hácia el Occidente, y otros hácia el Mediodía y el Norte, san Bartolomé se propuso recorrer las comarcas mas bárbaras del Oriente, y penetró hasta los confines de las Indias¹. Los antiguos entendian algunas veces bajo este nombre no solamente la Arabia y la Persia, sino tambien la India propiamente dicha. En efecto, hablan de los bracmanes de este país, famosos en el universo por su pretendido conocimiento de la filosofia y por sus misterios supersticiosos. Cuando san Pantenes fué en el principio del siglo III á las Indias para refutar á los bracmanes, halló entre ellos vestigios del Cristianismo; le enseñaron una copia del Evangelio de san Mateo en hebreo, que le aseguraron habia llevado á aquellas comarcas san Bartolomé cuando plantó en ellas la fe².

El santo Apóstol volvió á los países situados al Noroeste del Asia, y vió á san Felipe en Hierápolis de Frigia; de allí se dirigió á Liconia, donde, segun afirma san Crisóstomo, enseñó á los pueblos la religion cristiana, y finalmente penetró en la Grande Armenia para predicar la fe á una nacion tenazmente adherida á las supersticiones de la idolatría, y recibió allí la corona del martirio³. Los historiadores griegos y latinos están acordes en decir que fué crucificado y desollado vivo. La reunion de estos dos suplicios era usada no solamente en Egipto, sino hasta entre los Persas, y los Armenios podian haber imitado de estos últimos pueblos vecinos suyos semejante género de barbarie. Se cree que la ciudad de Albanópolis, donde fué martirizado, es la ciudad de Albano, situada en las costas del mar Caspio confinantes con la Armenia.

¿Quién puede recordar sin asombro las numerosas cárceles que los Apóstoles santificaron con su presencia, y las vastas regiones que recorrieron y regaron con su sangre? Pero al admirar el ardor de su celo y el heroismo de su valor, ¿cuál hemos de humillarnos al ver nuestra pereza, nosotros que nada ó casi nada hacemos para extender el reino de Dios entre las naciones, ni para la santificacion de nuestras propias almas!

Mientras san Bartolomé se entregaba á tanto trabajo y tantos padecimientos en las Indias y en la Armenia, el décimo conquistador

¹ Eusebio, lib. V, c. 10.

² Eusebio, pág. 175.

³ San Gregorio de Tours, lib. I, c. 34.

evangélico penetraba en Etiopia y en Persia ¹. Este nuevo Apóstol es san Mateo. Llamado de su oficina de los impuestos al apostolado por el mismo Salvador, no se da otro nombre que el de su primera profesión; siempre se llama *Mateo el Publicano*. Su humildad usa este lenguaje para que admiren todas las generaciones el poder y la misericordia del que hasta de una piedra sabe hacer, cuando le place, un hijo de Abraham. Antes de partir á sus lejanas misiones escribió su Evangelio ², como si obligado á separarse para siempre de sus queridos neófitos de Jerusalem quisiera suplir con su libro la falta de su presencia.

Dió á su obra el nombre de *Evangelio*, es decir, *bueno y feliz noticia*, y con razón; porque ¿qué nuevas hay mas felices que, contando la vida del Verbo hecho carne, anunciar á todos los hombres, hasta á los mas perversos, la reconciliación del cielo con la tierra, el perdón del pecado, nuestra libertad del infierno, la adopción de los hijos de Dios, la herencia de su reino y la gloria de ser hermanos de su único Hijo? San Mateo se detiene en su Evangelio en describir la generación temporal del Redentor, y deja á san Juan el cuidado de completar lo que habia principiado descubriendo su nacimiento eterno. ¿Qué cosa mas justa, sino que el que se habia convertido después de muchos pecados, fuese el primero en anunciar la misericordia infinita del Salvador, que vino á llamar, no á los justos, sino á los pecadores?

San Mateo vivia muy austeramente y no comia carne, sustentándose solo de yerbas, raíces y frutas silvestres ³. Murió en Luch, en el país de Sennaar, que formaba parte de la antigua Nubia, y que está entre la Abisinia y el Egipto. Así es como, por mandato de la Providencia, cada apóstol debia descansar después de su muerte en el país que se le habia designado para plantar el Evangelio. Poderosos custodios de nuestra fe, velad por vuestra obra desde los cielos.

Aunque Dios se glorifica haciendo que brillen con esplendor las grandes acciones de sus siervos, se complace á veces en tenerlas ocultas, queriendo enseñarnos con esto su infinita sabiduría á que amemos nosotros la oscuridad y el olvido del mundo. Tal es la reflexión que inspira la vida de san Simon, pues todo lo que se sabe de este undécimo Apóstol se reduce á que el ardor de su celo por la gloria de su divino Maestro le valió el sobrenombre de *Celoso*. Los martirologios de san Jerónimo, de Beda, de Adon y de Usuardo fijan su martirio en Persia en una ciudad llamada Suanir, y atribuyen su muerte al furor de los sacerdotes idólatras.

El duodécimo apóstol es san Judas: tiene por sobrenombre Ta-

¹ Socr. lib. I, c. 19, pág. 50; Ruff. lib. X, c. 9, pág. 164.

² Eusebio, pág. 95.

³ S. Clem. Alexand. *Pædag.* lib. II, c. 1.

deo, que quiere decir *alabanza*, y Lebeo, que significa *un hombre de espíritu*; era hermano de Santiago el Menor y próximo pariente de Jesucristo; elegido como los demás para arrancar el universo del imperio del demonio, salió de Judea después de Pentecostes, pasó al África, y plantó la fe en la Libia ¹. San Judas volvió á Jerusalem el año 63 de Jesucristo, y asistió á la elección que se hizo de su hermano san Simeon para gobernar la iglesia de esta ciudad. Cuéntase que murió en Ararat de Armenia, y es indudable que los Armenios honran aun á san Bartolomé y á san Judas como á sus primeros apóstoles ². Tenemos una Epístola de san Judas dirigida á todas las iglesias y en particular á los judíos convertidos, y escrita especialmente con el fin de precaver á los fieles contra las herejías nacientes de los Nicolaitas y los Gnósticos.

San Judas era casado antes de su vocación al apostolado ³. La historia habla de dos nietos suyos, dignos por sus virtudes de su ilustre abuelo; aquellos inocentes cristianos poseían en comun dos fanegas de tierra que cultivaban juntos, y el producto de tan corta herencia les bastaba para pagar los tributos que Domiciano exigía á los Judíos con extremo rigor. El receloso tirano no se contentó con esto, y mandó que se diese muerte á todos los descendientes de David para quitar á los Judíos todo pretexto de rebelión. Denunciáronse por consiguiente los nietos de Judas como de la raza real de David y parientes de Cristo, y fueron presentados á Domiciano. El Emperador les interrogó sobre su origen, sus riquezas, sobre el Mesías y su trono, á todo lo cual respondieron con entera sinceridad. Sus manos encallecidas por el trabajo demostraban bastante que era verdad lo que decían de su pobreza; en cuanto al Mesías, declararon que verdaderamente era Rey, pero que su reinado no ostentaría todo su brillo hasta el fin del mundo, cuando viniera á juzgar á los vivos y á los muertos. Admirado de su sencillez y tranquilizado con la baja de su condición actual, el Emperador les despidió como personas que de modo alguno debían temer, y elevados posteriormente al sacerdocio, gobernaron santamente iglesias considerables ⁴.

El nombre de san Matías, de quien vamos á hablar, no puede pronunciarse sin despertar un doloroso recuerdo. Judas Iscariote habia dejado con su traición y su muerte una plaza vacante en el colegio apostólico, y fué elegido para reemplazarle san Matías algunos días antes de Pentecostes. Se ignoran la historia de sus conquistas evangélicas y los pormenores de su muerte, y su vida, como la de san Si-

¹ San Paulino, *Carm.* 26.

² Véase Joaquin Schroder, *Thes. ling. armen.* pág. 149.

³ Eusebio, *Hist.* lib. III, c. 20.

⁴ Tillemont, t. I.

mon, está oculta en Jesucristo y escrita únicamente por los Ángeles en el libro inmortal de la eternidad.

Doce de aquellos ilustres pescadores cuya historia acabamos de bosquejar fueron enviados directamente para coger en la red de la Iglesia á los hijos de Abraham. Así como, con una bondad que no se cansa jamás, Dios había tenido á bien, á pesar de la muerte de su Hijo, recordar las antiguas promesas hechas á los Patriarcas, los Judíos debían ser los primeros en entrar en el reino de Dios; pero su obstinacion obligó al Omnipotente á dar al Mesías un pueblo nuevo, y los gentiles fueron los herederos de sus promesas. Pablo fué llamado para ellos al apostolado, y su celo correspondió á su vasta mision.

Á la historia de los doce conquistadores, á quienes los pueblos modernos no pagarán nunca el tributo de reconocimiento á que les son acreedores, añadamos la de san Marcos y san Lucas. Estos dos fieles compañeros de san Pedro y de san Pablo merecen bajo muchos conceptos los homenajes de las naciones cristianas, en primer lugar porque participaron de los trabajos de sus ilustres patronos, y porque nos transmitieron la historia del Salvador y de las primeras conquistas evangélicas.

San Marcos era judío de nacimiento, y atraído á la fe por los Apóstoles despues de la ascension, llegó á ser el compañero fiel de san Pedro. El Jefe del colegio apostólico convirtió en su primer viaje á Roma un gran número de personas, y san Marcos escribió su Evangelio á ruego de estos nuevos fieles, y particularmente de los caballeros romanos. Recopiló todo lo que había oído al Apóstol, y formó su obra. San Pedro quedó admirado del celo que demostraban los Cristianos por la palabra de vida, aprobó el Evangelio de san Marcos, y le imprimió el sello de su autoridad para que fuera leído en las asambleas de los fieles; y al partir el Apóstol á Oriente, envió á san Marcos á Egipto con el título de Obispo de Alejandría, que era, despues de Roma, la ciudad mas célebre del mundo.

San Marcos predicó doce años en diversas comarcas de Egipto, despues de los cuales fué á Alejandría, donde formó en poco tiempo una iglesia muy numerosa. Los asombrosos progresos del Cristianismo excitaron tanto furor á los gentiles, que resolvieron dar muerte al instrumento de tantas maravillas; pero san Marcos halló el medio de librarse de su rabia por algun tiempo. Fué descubierto, por fin, mientras ofrecía á Dios la oracion, es decir, mientras celebraba los sagrados misterios; los paganos mas enfurecidos se apoderaron de él, le ataron con cuerdas y le arrastraron por las calles diciendo á voces que era preciso llevar aquel buey á Bucoles, que era un lugar

⁴ Eusebio, lib. II, c. 15.

cercano al mar y erizado de peñascos y precipicios. Esto sucedió el 24 de abril del año 68 de Jesucristo y décimocuarto del reinado de Neron.

El santo fué arrastrado durante todo el dia; la tierra y las piedras quedaron teñidas con su sangre, y se veian por todos lados pedazos de su carne. El venerable anciano no cesaba de bendecir á Dios durante su espantoso suplicio por haberle juzgado digno de padecer por la gloria de su nombre, y cuando llegó la noche los gentiles le hundieron en un calabozo. Al dia siguiente por la mañana le arrastraron como el dia anterior y espiró en este suplicio; los cristianos recogieron los restos de su cuerpo y los sepultaron en Bucoles, en el mismo sitio donde acostumbraban reunirse para la oracion.

San Marcos no hace mas que compendiar en su Evangelio el de san Mateo: su modo de narrar es conciso, é interesa singularmente por los encantos de una elegante sencillez; á ejemplo de san Mateo, nos da á conocer al Salvador como hombre, como legislador y como modelo, y no cuenta lo que el Hijo de Dios dice de ventajoso para san Pedro, sino que relata su desprendimiento con mucha extension para secundar la humildad del santo Apóstol.

Es diferente el estilo narrativo del Evangelista cuya historia vamos á exponer. San Lucas se propuso, á lo que parece, por objeto mostrarnos al Salvador como sacerdote y pastor, y solo en su Evangelio se halla el relato de varias circunstancias relativas á la encarnacion, como la anunciacion de este misterio á la Virgen santísima, su visita á santa Isabel, la parábola del hijo pródigo, y otras varias particularidades del mismo género. Su estilo es claro, elegante y variado; los pensamientos y la diction de una sublimidad que sorprende, y se admira en él al mismo tiempo esa sencillez que forma el carácter distintivo de los escritores sagrados. La energía con que habla el Evangelista de la paciencia, de la mansedumbre y de la caridad de un Dios hecho hombre por nosotros; su serenidad de ánimo al relatar los padecimientos y la muerte del Salvador; su atencion en evitar las exclamaciones y en abstenerse de esos epítetos duros que tan comun es dar á los enemigos del que se ama; todo tiene un no sé qué de grande, noble, interesante y persuasivo que vanamente se buscaría en los mas bellos adornos del lenguaje. Esta sencillez contribuye á que las grandes acciones hablen, por decirlo así, por sí mismas, y la elocuencia humana solo serviría para disminuir su brillo.

Despues de haber dado á conocer la obra, demos á conocer al autor. San Lucas era de Antioquia, metrópoli de Siria, donde hizo excelentes estudios, que perfeccionó viajando por Grecia y Egipto. Su aficion le inclinó particularmente á la medicina; pero solo despues de su conversion al Cristianismo la caridad le impulsó, á lo que parece, á ejercer un arte que no es incompatible con las tareas del mi-

nisterio apostólico. San Jerónimo asegura que sobresalía en él, y toda la tradición añade que no era menos diestro en la pintura.

Era ya un perfecto modelo en todas las virtudes cuando san Pablo le eligió por cooperador y compañero de sus tareas por los años de 51 de Jesucristo; y estos dos grandes Santos no se separaron ya sino á intervalos, y cuando la necesidad de las iglesias lo exigía. San Lucas siguió á Roma al grande Apóstol en 61, cuando fué enviado preso, y no se separó de él hasta que tuvo el consuelo de verle libre otra vez en 63.

En este mismo año terminó los Actos de los Apóstoles, preciosa historia que habia principiado en Roma por inspiracion del Espíritu Santo¹, y que es en cierto modo la continuacion de su Evangelio. Se propone refutar en ella las falsas revelaciones que se publicaban sobre la vida y trabajos de los fundadores del Cristianismo, y legar con el relato auténtico de las maravillas de que Dios se habia servido para formar su Iglesia una prueba invencible de la resurreccion del Salvador y de la divinidad del Evangelio. Despues de la muerte de san Pablo, el Evangelista predicó en Italia y en Dalmacia, y coronó su larga carrera con un glorioso martirio².

Es digno de advertirse que Dios mandó escribir su Ley, por decirlo así, á su pesar y como forzado, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento. La tradicion oral es mucho mas conforme á la sencillez é inocencia que Dios desea ver entre los hombres, y es tambien mas propia para estrechar los lazos de familia y hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos. Así pues, no se ve que Nuestro Señor encargase á sus Apóstoles que extendieran por escrito la historia de su vida ó de su doctrina; y los autores que la dieron se determinaron á hacerlo por diversas circunstancias y por inspiracion del Espíritu Santo. San Mateo escribió su Evangelio á ruegos de los judíos convertidos de Palestina; san Marcos escribió el suyo á ruegos de los fieles de Roma, y los Obispos de Asia suplicaron á san Juan que les dejase un testimonio auténtico de la verdad contra las herejías de Cerinto y de Ebion³.

San Ireneo, san Jerónimo y san Agustin ven una figura de los Evangelistas en los cuatro animales misteriosos de Ezequiel y del Apocalipsis, y por esto el retrato de cada Evangelista va acompañado de uno de estos animales simbólicos. Se conviene generalmente en que el *águila* es el símbolo de san Juan, quien desde un principio se eleva hasta el seno de la Divinidad para contemplar en ella la generacion eterna del Verbo; el *buey* es la figura de san Lucas, que empieza haciendo mencion del sacerdocio del Hombre-Dios y del

¹ S. Hier. *Catalog. vir illustr.* c. 7.

² Véase san Gregorio Nazianceno, or. III, y san Paulino, serm. XVII.

³ Véase Eusebio, lib. III, c. 24; lib. II, c. 15; san Jerónimo. *Prolog. in Matth.*

sacrificio de Zacarías; san Mateo está representado por el animal que tenia la *figura* como *del hombre*, porque principia contando la generacion temporal del Salvador, y su objeto es darnos á conocer su santa humanidad; finalmente, el *leon* caracteriza á san Marcos, porque explica la dignidad real del Salvador, verdadero leon de la tribu de Judá, y principia por su retiro al desierto, morada ordinaria del leon.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos transmitido vuestra santa doctrina, no solamente de viva voz, sino por escrito; dignaos iluminar á los que aun no os conocen.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero leer el Evangelio con el mas profundo respeto.